





# DISTRITO SUR



Jorge Fernández

## DISTRITO SUR



Primera edición: enero de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jorge Fernández

ISBN: 979-13-87909-98-7

ISBN digital: 979-13-87909-99-4

Depósito legal: M-2782-2026

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Mónica*





*Le dernier acte est sanglant  
quelque belle que soit la comedie  
en tout le reste;  
on jette enfin de la terre sur la tête, et en voilà pour jamais.*  
PASCAL



# 1

La primera vez —siempre acaba por llegar la tan temida primera vez— que tuvo que hacer un arresto solo unos meses después de haber ingresado en el CNP tras una oposición que le resultó más sencilla de lo que había pensado, a Ana García Sanz le temblaron las piernas igual que a un estudiante inseguro de sus calificaciones finales cuando llega el día de tener que recogerlas. Y eso a pesar de que la operación no entrañaba ningún riesgo; no era de esas que se suelen ver en las películas en que el policía, pistola en mano, acude a la guarida del delincuente y sabe que probablemente habrá un cruce de disparos con incierto final. En este caso, se trataba tan solo de llevar a cabo una orden judicial de detención de un banquero; es decir, de un delincuente de cuello blanco. Nada, por tanto, que significara violencia, amenazas, ni siquiera malos modos, casi se diría que, todo lo contrario, la operación estaría presidida por la docilidad, las buenas formas y hasta alguna sonrisa cínica por parte del detenido. Una de esas operaciones policiales a las que se apunta cualquier agente, cómoda, sin riesgo para la integridad física, pura rutina. Bueno, no cualquier agente. También los había, y en número no pequeño, a Ana le constaba, que no soportaban hacer tareas administrativas en una comisaría como hacía ella, e incluso operaciones de guante blanco como la que se le había encomendado, y que preferían a todas luces una actividad más propia de su profesión; es decir, que implicara algo más de riesgo. Agentes, dicho en otras palabras, a los que les iba la marcha, al menos, hasta cierto punto.

Quizá por tratarse de su primer trabajo fuera de las tareas administrativas que desempeñaba en la comisaría, Ana lo recordaba muy bien. Su jefe, el comisario Agustín Valencia, no había podido contar aquella mañana con uno de los agentes que debían haberse hecho cargo del asunto y, sin dudarlo un segundo, llamó a su despacho a Ana para pedirle que fuera ella quien lo sustituyera. Hasta ese día, Ana se había limitado a labores administrativas en la comisaría, como ha quedado dicho, pero fue a partir de entonces cuando las abandonó para dedicarse por entero al patrullaje. Siendo una mujer más bien tímida, la tarea que le había sido encomendada aquel día le hizo llevar esa timidez a un estrato superior, el de la cohibición. Entró al coche policial con una cara más seria de lo habitual (casi, exagerando un poco, se podía decir que ella era la detenida), algo que no pasó desapercibido a sus compañeros, y no dijo esta boca es mía durante el trayecto. No es que sus dos compañeros se explayaran demasiado, pero la actitud de Ana era de ausencia total, de estar en otro mundo. Solo al final, cuando llegaron al edificio donde debían detener al individuo, contestó al jefe de la patrulla con un «De acuerdo» cuando este le pidió que lo acompañara para efectuar la detención. Tal y como le habían contado en alguna ocasión algunos compañeros y había visto en los telediarios cuando informaban de algún caso de este tipo, la detención de este banquero, al que le imputaban nada menos que cuatro delitos, respondió al esquema clásico: rapidez al entrar en el coche policial nada más abandonar el edificio para evitar en la medida de lo posible la exposición a los medios, vista al frente, vestimenta impecable, autosuficiencia en el rostro rozando la altivez, media sonrisa. El compañero lo colocó en el centro del asiento trasero para llevarlo custodiado por él y por Ana, y fue curiosamente en el trayecto hasta la comisaría cuando la joven se encontró mucho más relajada, como si la tensión que había experimentado cuando fueron a detener al sujeto hubiese desaparecido de golpe al tener al detenido ya con ellos. No supo si achacar este relajamiento al deber cumplido o a que el mal trago ya había pasado o a ambas

cosas, pero sí estuvo convencida de que posiblemente no se hubiera relajado como lo había hecho de ser el detenido otro tipo de delincuente, de esos que nunca sabes muy bien la reacción que pueden tener, de los que no suelen llevar camisas de Givenchy ni corbatas de Hermés.



El hecho de haber sido designada para aquella operación puntual en sustitución de un compañero que no estaba disponible no le hizo pensar a Ana que fuera a tratarse de un cambio de actividad dentro del cuerpo, tan solo que se trataba de eso, de una sustitución, y que al día siguiente volvería a sus tareas administrativas: ordenamiento de archivos, clasificación de denuncias, localización y entrega de dossiers a otras comisarías. Este tipo de cosas que había estado haciendo desde que ingresó en el cuerpo, tareas que Ana consideraba indiferentes, las que podría estar haciendo en una empresa de auxiliar administrativo, que ni le agradaban ni le desagradaban; era un trabajo como otro cualquiera a cambio del que recibía un salario que le permitía vivir sin muchos agobios. Quizá por tratarse de una persona sin demasiada ambición, no se había planteado grandes objetivos cuando entró en el CNP; solo se propuso hacer bien su trabajo y que sus jefes no tuvieran queja de ella. A partir de ahí, todo lo que fuera mejorar sería bienvenido, aunque ello representara una mayor responsabilidad que no rehuiría, por supuesto; pero, si no llegaban esas mejoras, tampoco sería motivo para hacer de ello ningún drama.

Eso era lo que pensaba Ana cuando, un día después de la sustitución que tuvo que hacer, el comisario Valencia la llamó a su despacho. Se trataba de una estancia más bien pequeña de aspecto si no siniestro, eso pertenecía al blanco y negro de otra época, sí austero y un poco oscuro, como el resto de la comisaría (Ana siempre pensó que las comisarías tenían un aspecto algo lúgubre, como todos los locales de la Administración), con algunos legajos

dispersos por la mesa, un cenicero sin vaciar y una papelerita bastante llena, y que ofrecía en general una sensación de lugar algo sucio (aunque no lo estuviera) y cierta dejadez que no dejaba de desagradar a quien estuviera en él, salvo, por lo visto, al comisario. Le recordaba, pensaba Ana siempre que tenía que entrar allí, salvando las diferencias, a aquellos despachos de la policía que aparecen en las películas americanas de cine negro de los años cincuenta. Como venía siendo habitual cuando era llamada por el comisario Valencia, este le miró la entrepierna al entrar con una mirada no descarada, pero de la que Ana se dio perfecta cuenta. No le sorprendía en un hombre que tenía fama de putero, algo que compatibilizaba sin problemas con el hecho de estar casado y tener tres hijos. No era raro sorprenderlo mirándola a veces desde su despacho siempre abierto. Nunca, eso era verdad, le había hecho a Ana ninguna insinuación o proposición ni sus comentarios, cuando estaban a solas en su despacho, tenían nada de obsceno ni contenían doble sentido. Hasta ahora, al menos, sus conversaciones siempre se habían circunscrito a asuntos de trabajo, pero la sensación de que en algún momento el comisario acabaría por tentar la suerte la tenía Ana siempre presente cuando se encontraba a solas, como ahora, con él. Con una cierta aprensión por la suciedad que pudiera albergar aquella silla, Ana, siguiendo la indicación del comisario, tomó asiento, pero cuidando situarse lo más cerca del borde.

—Iré al grano. —Era frecuente que el comisario iniciara con estas tres palabras cualquier conversación—. Se trata de saber si estás dispuesta —su tuteo era indiscriminado— a dejar tu trabajo administrativo y hacer otras cosas. Por supuesto, más interesantes, en mi opinión.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, cosas como la que hiciste ayer. Vigilancia de lugares públicos, patrullaje, en fin, una actividad diferente a la que tienes, digamos, más propia de un policía. Por supuesto, llevaría implícito el nuevo trabajo una mejora salarial, aunque no un cambio de categoría laboral, al menos por el momento.



—¿Y por qué ese ofrecimiento?

—Primero, porque estamos contentos contigo, eso es lo principal, pero también porque a Alfonso Gómez lo trasladan definitivamente a otra comisaría. Se están produciendo cambios, no me preguntes por qué, y hemos pensado en ti para que ocupes su puesto antes que en otra persona.

Lo miró con su cara de ángel rematada por su invariable coleta rubia cogida con una goma negra, y en su mirada, aunque franca, podía observarse un punto de escepticismo, solo un punto, que decía mucho acerca de cómo se había podido tomar una proposición que implicaba una mejora de su estatus viniendo de quien venía. Ciertamente, el comisario podía haberse insinuado hace tiempo, tratar de acercarse más a ella, incluso haberle hecho alguna proposición; sin embargo, pese a que Ana se sabía observada, y seguramente deseada por el comisario, este no había traspasado un milímetro la línea que separa lo profesional de lo personal. Una línea que no había osado franquear. ¿Acaso estaba esperando este momento, el adecuado, para cobrarse la pieza una vez cebada? Era una posibilidad, pero le pareció que, en todo caso, estas elucubraciones se salían del guion y que lo sensato, más allá de hipotéticas consecuencias, lo que procedía, era decirle al comisario Valencia que aceptaba el puesto que le estaba ofreciendo. Había una posibilidad cierta de mejora y la perspectiva de una actividad nueva que no dejaba de tener un punto de interés. Ni siquiera le dijo que le dejara un tiempo para pensarlo.

—En principio, y a falta de los detalles, podría interesarme. ¿Y el horario?

—Ocho horas, como ahora. Pero, eso sí, tendrías turnos. Incluso el de noche, aunque este es más restringido.

—Si es así y voy a tener una mejora salarial, acepto la oferta.

—Perfecto. Me pongo, entonces, en marcha para los cambios y hablaremos de las funciones de tu nuevo puesto, de tu nueva remuneración y de cuándo empiezas. ¿OK? —le gustaba mucho decir OK, tan americano. Muchas películas vistas, seguramente, a sus espaldas.



Ana había olvidado dejar las persianas bajadas cuando salió por la mañana y, cuando regresó, encontró la casa recalentada. Se acordó de las broncas que en el verano le echaba a Marcos, cuando, después de recordarle que lo hiciera si era el último en salir, se encontraba a su vuelta con que las persianas estaban en todo lo alto. Debía reconocer que, un año después de haberse separado amistosamente de Marcos (no se habían planteado de momento el divorcio), ella repetía muchos de los actos que le recriminaba. Suponía o, mejor, tenía la certeza de que siempre era así, que la vida es el mayor laboratorio de la incoherencia que puede existir, que el corporativismo del ser humano consigo mismo es indecente y retrata de forma descarnada su naturaleza. ¡Cuántas broncas se hubieran evitado, cuántos enfrentamientos odiosos no se habrían producido con solo una palabra, una solo, de admisión de culpa! Tanto él como ella. Ciertamente algunas veces los nervios los perdía antes Marcos, que ella era capaz de contenerse algo más, aunque no siempre, pero eso no eliminaba la parte de culpa que Ana tenía en aquellos incendios. ¿Pero bastaba en realidad una palabra para evitar que se produjese la chispa? ¿Tan sencillo como eso? ¿Así de fácil? No, no era tan fácil. Marcos, había que reconocerlo, a veces guardaba silencio cuando surgía un asunto en el que los dos sabían que no iban a estar de acuerdo y que la aceleración se produciría; era un silencio elocuente de que no quería iniciar una discusión — sobre política en algunas ocasiones, sobre la familia en otras, sobre nimiedades tampoco faltaban— que no iba a reportarles más que

problemas; pero Ana no admitía de buen grado ese silencio. Lo desafiaba al principio con palabras de extrañeza de que no quisiera hablar con ella y, ante su pertinaz silencio, salpicado con algún breve «Vamos a dejarlo aquí», ella se sentía espoleada para echar más leña al fuego y aumentar el diapasón de su discurso, que solía terminar en diatriba. Aunque Ana era demasiado orgullosa como para haberle dado la razón alguna vez, no dejaba de reconocer que los esfuerzos de Marcos para no entrar en una discusión solían ser infructuosos, y que aquello de que dos no discuten si uno no quiere era mentira. La distancia de un año le había servido a Ana para darse cuenta de lo injusto que había sido el comportamiento de Marcos para con ella, en su afán de controlar sus movimientos, con sus periódicos ataques de celos, su petición de explicaciones a situaciones que no las merecían; pero también para reconocer su parte de responsabilidad en la ruptura del matrimonio al ponerle cara de pocos amigos cuando le anunciaba que había quedado con sus amigos para salir a cenar o a tomar una copa. Y cada día que pasaba ese reconocimiento de culpa se agrandaba, se fortalecía, hacía posible que no viera con los mismos malos ojos a Marcos ahora que cuando decidieron separarse. Quizá, pensaba a menudo, era un sentimiento común a todas las parejas cuando terminan separándose, que la distancia hacía ver las cosas con una mayor objetividad.

Hacía calor y Ana se puso ropa fresca, una camiseta de algodón y unos *shorts*, y se dispuso a arreglar un poco la casa. Era muy cálida en verano, un segundo piso de uno de los bloques de viviendas que se construyeron en el extrarradio a finales de los años ochenta, con orientación al mediodía, un horno en los días de calor severo que hacía especialmente duras las noches de verano. La había comprado no sin esfuerzo, reuniendo como buenamente había podido los 120 000 euros que el propietario pedía por ella. No era su casa precisamente el palacio de Dueñas, pero sus sesenta y cinco metros cuadrados, salón y dos habitaciones, además de ser exterior y disponer de una pequeña terraza en la cocina, colmaban sobradamente las aspiraciones de Ana.

Después de arreglar un poco la casa, planchar ropa que ya no podía esperar, darse una ducha vital y ver el telediario de la Sexta, se había instalado en el salón, abierto de par en par la amplia ventana, con una cerveza sin alcohol aprovechando que la tarde se iba apagando y una ligera brisa atemperaba el calor impropio de aquellos primeros días de junio. Se preguntó lo que venía preguntándose desde que el comisario Valencia le hizo la oferta de abandonar las tareas administrativas para incorporarse a las de patrullaje. ¿Sería capaz de hacer las labores propias de la policía? Podía, desde luego, hacer lo que le encomendaron el otro día: arrestar a un delincuente de cuello blanco, patrullar las calles, vigilar edificios públicos; este tipo de cosas que no entrañan *a priori* riesgos, pero tareas tan cómodas solo son una parte de las responsabilidades que un policía puede tener que llegar a afrontar. Hay otras de más riesgo, que son posiblemente mayoría y que, por supuesto, debe asumir. Por ejemplo, acercarse a un grupo de inmigrantes con no muy buena pinta, pongamos del perfil de los albano-kosovares, y pedirles la documentación. Las posibilidades de que saquen una navaja e intenten agredirte es, desde luego, algo remota, pero ya el hecho de tener que dirigirte a ellos entraña un riesgo, o estar patrullando la calle y recibir una orden de jefatura de acudir lo más rápido posible a una dirección porque se acaba de producir un atraco, lo que implica conectar la sirena y sortear coches con el miedo en el cuerpo de que los atracadores puedan estar armados, caso de toparse con ellos. Le iban a pagar más, y eso, por supuesto, incentivaba el nuevo cometido; pero la pregunta era si se sentía capaz de afrontar todo lo que pudiera tener que afrontar en su nuevo puesto. Era la pregunta machacona y no sabía muy bien la respuesta. Sonó, mientras estaba en sus reflexiones, el teléfono móvil. Era su vecina del piso de arriba, Elsa, preguntándole si podía pasar solo un momento para prestarle el libro del que le habló hacía unos días.

—Perdona que te moleste, Ana, pero ya me han devuelto el libro del que hablamos y vengo a traértelo.

—No me molestas, Elsa. Baja, por favor, y tómate una cerveza conmigo.

Elsa era una mujer cercana a los ochenta años no muy bien llevados, que tenía un rostro apacible y algo cansado, con arrugas muy marcadas, un pelo rubio ondulado y unas gafas grandes de concha que parecían inseparables de una media sonrisa franca y afectuosa. Había sido profesora de Literatura en el instituto Blas de Otero y se quedó viuda a las pocas semanas de haberse jubilado su marido, hacía ya unos años. Su amor por los libros era grande, y el día que se jubiló fue para ella uno de los más tristes de su vida, porque, como le dijo a Ana, treinta y cinco años de enseñar literatura, recomendar libros y hacer de sus clases un foro sobre las lecturas de sus alumnos había sido algo tan importante que nada podía compensar la pérdida de aquella experiencia. Ana fue un hallazgo para ella, porque, cuando descubrió por algunas conversaciones más o menos triviales en el portal que le gustaba mucho leer, no perdió la oportunidad de ir acercándose a Ana y decirle un día, cuando la confianza de las dos mujeres ya era grande, que tenía la biblioteca de su casa a su entera disposición. Desde entonces, el frecuente intercambio de libros no había sido sino una faceta más de la buena amistad que había surgido entre las dos mujeres, y que se traducía en encuentros en sus casas en los que la conversación no se limitaba solo a hablar de literatura, sino que alcanzaba también a sus vidas. Por eso cuando a Elsa le daba —cosas de la edad, solía decir— por hablarle a Ana de sus tiempos de profesora y aun de los años de la España de posguerra, en los que su familia lo pasó tan mal o peor que otras muchas familias al ser cuatro hermanos los que hubo que sacar adelante, a Ana no solo no le incomodaba escuchar estas cuitas de aquella mujer mayor, muy al contrario, casi se desvivía por escucharlas, por saber a través de la única persona que conocía aparte de sus padres que había vivido aquellos años (aunque sus padres, algo más jóvenes que Elsa, no vivieron los inmediatamente posteriores al final de la contienda) cómo fueron estos para una familia numerosa como la de ella. Toda la historia

que se había escrito de aquellos años miserables no era para Ana tan valiosa como el testimonio de quien los vivió.

—A mí me ha gustado mucho, a ver a ti qué te parece.

—Si a ti te ha gustado, casi seguro que a mí también. —Cogió el libro que le tendía Elsa, *Canadá*, de Richard Ford, lo abrió por el medio, después dejó pasar las páginas deslizándolas su dedo pulgar hasta llegar a la primera, cerró el libro—. Leí la crítica en Babelia cuando se publicó y lo ponía muy bien. Ya te contaré.

—Como siempre te digo, no tengas ninguna prisa en leerlo, tienes todo el tiempo del mundo. Yo no tanto.

—Muchas gracias, Elsa. ¿Por qué no te vienes el sábado y cenamos juntas?

—No puedo el sábado. Tengo a mis nietos. Pero lo pensamos para otro día.

Desde el amplio ventanal del salón, vio que la brisa era ahora algo más viva y agitaba las hojas de esos plátanos frondosos que ella no había visto crecer, pero que amaba y que era de lo mejor que tenía su calle. Abrió el libro que Elsa le había dejado y empezó a leer: «Primero, contaré lo del atraco que cometieron nuestros padres. Y luego lo de los asesinatos, que vinieron después. El atraco es la parte más importante, ya que nos puso a mi hermana y a mí en las sendas que acabarían tomando nuestras vidas. Nada tendría sentido si no se contase esto antes que nada».

Cerró el libro y lo dejó sobre la mesita al lado del botellín de cerveza. Así que la novela iba de asesinatos. Y, se imaginaba, de policías. ¡Le había dejado Elsa una novela que abría sus páginas hablando de atracos y asesinatos a ella, que desde que entró en la Policía había dejado de leer novela policiaca por simple higiene mental! En fin, intentaría leerla, viniendo la recomendación de quien venía, pero muy buena tendría que ser para que la sacara de su creciente escepticismo hacia el género.





Por tratarse de la primera acción de cierta importancia que iba a realizar, un desahucio, el comisario Valencia llamó a su despacho a Ana para informarle y darle algunas instrucciones, consejos, en realidad, ya que solo la llamó a ella y no a los compañeros de patrulla con los que iba a acudir, más curtidos en estos menesteres sobre cómo actuar. Ana entró a aquel cubículo con su mejor disposición, pero al mismo tiempo con la misma aprensión de siempre, preparada para escuchar lo más inesperado de los labios de un hombre que le resultaba bastante imprevisible.

—Esta tarde vas a estrenarte con un desahucio —le dijo sin preámbulos, según su costumbre—. Como va a ser el primero, quiero darte alguna directriz sobre cómo tienes que actuar. En realidad, el inspector Asensio, jefe de la patrulla, y al que no conocéis todavía porque se ha incorporado hace poco a la otra comisaría, os va a dar una pequeña charla antes de que salgáis para allá, pero, a pesar de todo, no está de más que yo te quiera comentar un par de cosas. —Entrelazó las manos, las apoyó en el documento que tenía frente a él y, en un tono algo profesoral, comenzó su retahíla—. Supongo que no habrá problemas, es decir, que la familia abandonará de buen grado la vivienda, pero, de no ser así, nada de violencia, al menos al principio. Se trata de persuadirles de que no queda otro remedio y de que deben facilitar el trabajo de la policía. La experiencia que tenemos es que suelen cooperar.

—¿Y en cuanto a los manifestantes que estarán allí?

—Esa gente está en su derecho de apoyar a la familia, eso está claro, y, aunque me jode que empiecen a insultarnos, no queda otra que aguantar el tipo y callarse. O sea, la violencia ni tocarla, salvo, por supuesto, que suframos agresiones de su parte, cosa que no creo que suceda. En fin, nada que en realidad no supieras, pero que de vez en cuando conviene recordar. ¡Ah! Y una cosa importante que no debes olvidar en este tipo de trabajos, aunque resulte obvia para un policía. Ni un gramo de confraternización; buenas maneras y diálogo sí, y solo hasta cierto punto, pero que en ningún momento puedan darse cuenta de que hay un atisbo de solidaridad con su causa. Eso nunca, porque, si llega a suceder, entonces sí que la cagamos.

La charla que les dio el inspector Asensio, que venía para dirigir este caso de la otra comisaría del distrito, la 32, a los agentes vino a refrendar casi punto por punto las palabras del comisario Valencia y se ajustaba, según le dijo Mercedes a Ana —una agente que iba a ir en el grupo y que trabajaba con el inspector Asensio—, a lo que ya era habitual en este tipo de charlas.

—Luego, sobre el terreno —añadió de forma un poco confidencial—, las cosas no siempre salen exactamente igual a como las has planeado, pero no deja de ser una pauta de actuación que debes tratar de mantener.

Durante la pequeña charla, Ana se dio cuenta de que, mientras hablaba el inspector, su mirada se dirigía la mayor parte del tiempo hacia el lugar de la sala en el que se encontraban Ana y Mercedes, como si fueran ellas y no el resto de policías las que más debían tener en cuenta las instrucciones de actuación. No le incomodó a Ana especialmente la implícita discriminación del agente, conocedora de que estaba dentro de una institución formada mayoritariamente por hombres, en la que las mujeres estaban, si no cuestionadas, sí miradas a veces con una cierta desconfianza, como sucedía ahora en la charla y que, entre otras discriminaciones, el sueldo, por ejemplo, sus posibilidades de promoción quedaban seriamente amenazadas, salvo excepciones, claro, desde el momento en que

decidían ingresar en el cuerpo. Ana sabía, desde luego, lo que le esperaba cuando tomó la decisión, pero, aun así, decidió enrolarse porque la posibilidad de ser policía siempre la había atraído.

Si a Ana le temblaron las piernas cuando fue a hacer el arresto del banquero unas semanas antes, ahora, ante un desahucio, no le temblaron; pero sí experimentó una sensación extraña cuando entró en el furgón policial, mezcla de algo parecido al miedo, nerviosismo e inquietud, un cóctel un poco explosivo que no conocía y que se tradujo en el consabido silencio de ultratumba durante el trayecto que ya mantuvo cuando fue a hacer el arresto del banquero. Recordaba que la tensión que se adueñó de ella aquel día desapareció cuando procedieron a la detención del individuo; fue como una relajación casi instantánea, quizá debida al hecho de haber realizado el trabajo sin contratiempos o a que fuera menos complicado de lo que esperaba. De lo que no estaba ni mucho menos segura es de que ahora fuera a suceder de nuevo, que una vez concluido el desahucio consiguiera despojarse de ese cóctel maligno que había penetrado en su cuerpo, que cuando regresara a su casa se sintiera ya bien, se olvidara, como se olvidó de la detención del banquero a las veinticuatro horas de haberse producido. Lo dudaba porque estaba a punto de comprobar por primera vez en su vida lo que significa mirar a los ojos de un padre, de una madre y del hijo que tienen que abandonar su casa, marcharse, dirigirse a quién sabe dónde, despedirse para siempre de su hogar. Para siempre. Y suponía que eso no se borra tan fácilmente, al menos, la primera vez.

El furgón abandonó la avenida de la Albufera, bastante concurrida de tráfico, tomó la de Buenos Aires y cinco minutos más tarde llegaba a la calle Villalobos, donde debía tener lugar el desahucio. Un grupo no excesivamente numeroso de gente, o al menos no tan numeroso como pensaba Ana, pero sí algo bullicioso, se había congregado en torno a un edificio de cinco plantas en cuya fachada había una pancarta bastante grande en la que se podía leer en letras mayúsculas:

## NO AL DESAHUCIO

El ambiente relativamente tranquilo que parecía existir se tornó de repente hostil cuando el grupo de policías saltó del furgón a la calle. No hubo insultos, al menos Ana no los escuchó, pero el abucheo fue generalizado cuando dos de los agentes se encaminaron al portal de la finca. Sí se dio el caso (el único) de un chaval que no llegaría a los diecisiete o dieciocho años que corrió hasta el portal impidiendo la entrada de los dos policías. El inspector Asensio, que se había quedado con el resto de agentes en la calle para hacer guardar el orden, se acercó decidido hasta él y le conminó a que depusiera su actitud. Lo hizo de buenos modos, pero, ante la oposición del chaval, le amenazó con emplear la fuerza si no dejaba el paso franco a los agentes. Tras un forcejeo verbal, el muchacho pareció entrar en razón y se apartó. Los abucheos también cesaron, pero Ana percibió un clima de gran hostilidad en el ambiente, rostros tensos entre los manifestantes, agresivos, de no faltarles ganas de empezar a insultar a los agentes, incluso de agredirlos llegado el caso, cuando la familia apareciera finalmente.

Los minutos que transcurrieron desde que la pareja de agentes subió al piso hasta que regresaron con la familia se le hicieron a Ana interminables. Le desasosegaba profundamente contemplar al grupo de manifestantes en aquella actitud que destilaba agresividad, hostilidad hacia ellos, los policías, y no podía evitar sentir un cierto rechazo hacia esa actitud, que no era otra que la de matar al mensajero, porque eso eran los policías que estaban allí, ejecutores de una orden que les habían dado, simples mensajeros que cumplían con su deber. Era una actitud que los condenaba a ser los malos de la película, parecía como si el hecho de que estuvieran allí ejecutando una orden de desahucio convirtiera a todos los policías en defensores de los desahucios, y no era así; Ana sabía de agentes que se oponían a esta práctica que consideraban bárbara, y a ella misma no le parecía nada bien dejar en la calle a una familia sin tener, al menos provisionalmente, un techo donde cobijarse. To-

davía tardaron un rato largo en aparecer los dos agentes y los tres miembros de la familia, y, cuando lo hicieron, la escena no pudo ser más deprimente: la madre, una mujer de unos cincuenta años, arrastraba un hatillo grande atado con un nudo, el rostro serio y algo demacrado quizá por lágrimas derramadas que ahora resistía por dignidad; el padre, detrás, con una vieja maleta en la mano, y delante de ambos la hija, una chavala de unos quince años que, esta sí, no podía contener las lágrimas que se secaba con el dorso del antebrazo arrastrando un *trolley*. Apenas salieron a la calle, un gran abucheo premió a los agentes que escoltaban a la familia y se escuchó una voz llamándolos asesinos. También se escucharon numerosos aplausos dirigidos a la familia. Fue el momento en que Ana pensó que el grupo de manifestantes podría tratar de defender de forma directa a la familia y pasar a un enfrentamiento con los agentes, pero Mercedes, la agente que conoció en la charla de la comisaría y que ahora se encontraba a su lado, tal vez percibiendo el temor de Ana, supo tranquilizarla sin decir nada, simplemente poniendo la mano en el brazo de su compañera durante unos segundos. «Calma, muchacha, no pasa nada ni va a pasar, esto es lo normal, ya te irás acostumbrando, no tengas miedo», le estaba diciendo la mano, fueron tan solo cinco o seis segundos lo que duró el contacto, luego la agente la retiró, pero fue la terapia adecuada en el momento preciso. Ni una mirada, ni una palabra mediaron en aquel instante entre las dos mujeres, quizá lo que otro agente hubiera hecho para tranquilizar a Ana, en caso de que hubiera percibido, que era mucho percibir, que Ana sentía miedo, tan solo aquella mano sabia. Tan simple y tan difícil al mismo tiempo.

Cuando más tarde, terminado el trabajo, se despidieron apresuradamente, Ana le dio las gracias por la ayuda prestada que, dijo, le sirvió de mucho, y ambas intercambiaron sus números de teléfono.

